

mítico unicornio. Diez y siete años tenía el esposo y diez y ocho la esposa. Amáronse desde el primer momento en que se unieron, y vivieran felices, de no haber nacido en las alturas vertiginosas del trono, bordeadas de tan pavorosos abismos. Lo cierto es que el esposo de Lucrecia se escapó á los once meses de casado, dejando en cinta á su mujer y huyendo á los temores que le inspiraban tanto su cuñado como su suegro. Lucrecia, enamorada quizá por vez primera en su vida, lloró con lágrimas amargas la ausencia de su esposo, y para consolarla su padre, no encontró mas recurso que revestirla con el título de regente en Espoleto y en Foligno. Curiosa carta aquella en que la nombra, con fecha de agosto de 1499, para tan alta dignidad, mandando á los de Espoleto y Foligno que obedezcan á la noble dama Lucrecia Borgia, su hija en Jesucristo. La idea que le movía en tan extraña determinación se comprende con solo considerar que, exaltado aquel Papa hasta el fanatismo y la superstición por sus hijos, quería convertir el patrimonio de San Pedro en propio patrimonio y repartir como los reyes feudales de los siglos décimo y undécimo la monarquía á pedazos entre su adorada familia. Y no se contentó con cederle estos territorios, sino que, mas tarde, le hizo donación de Nepi, con lo cual crecían desmesuradamente así los territorios como las rentas de aquella extraña mujer. Bien pronto tuvo un hijo Lucrecia, cuyo bautizo se verificó en la Capilla Sixtina, presente el Papa, los cardenales, los embajadores de todas las naciones, siendo padrino el prefecto mismo de la Ciudad Eterna. Y de esta suerte los dominios y las riquezas de la hija del Papa se aumentaron por desmedida manera y constituyeron una grande monarquía, si no por el número de los vasallos, por la importancia de los rendimientos.

Sin embargo, un nuevo crimen se cernía sobre la cabeza de aquella mujer. Enamorada del tercero de sus maridos y querida tambien por este, como hemos dicho, parecia que en el colmo de la fortuna, del poder, de la riqueza, no habia sombra capaz de eclipsar tanta dicha. A pesar de todo esto, deslizábanse en el palacio Vaticano tales terrores que el pobre mozo Alfonso huía á Nápoles, como si despues de su enlace con la proterva familia, quisiese y necesitase huir á toda prisa de sí mismo. Mas no en vano se anudan ciertos lazos, difíciles de romper con la voluntad tan solo. Y Alfonso, movido á ello por su propia familia, tuvo que volver resignado al horrible palacio, que las crueldades del

indigno sucesor de Cristo trastocaban en una carnicería. El infeliz ignoraba que, resultando ya obstáculo á las ambiciones de César y á los proyectos de Alejandro, estaba destinado, como el duque de Gandía, al sacrificio. No habia medio de disolver el matrimonio con el príncipe de Nápoles como se disolviera el matrimonio con el príncipe de Pesaro. La falta de sucesión sirvió entonces de pretexto á las bulas pontificias, que separaron á los dos esposos. En este caso concreto lo que no pudieron cortar las bulas, cortáronlo ¡ah! los puñales. Una noche, que Alfonso se dirigía á las once al Vaticano, en busca de su esposa, varios enmascarados se dirigieron á él en la escalera misma del palacio pontificio, y le apuñalaron tan cruelmente que resultó herido de mortal gravedad. Estaba Lucrecia en la cámara de su propio padre, cuando apareció el tierno y jóven esposo todo ensangrentado; y al verlo venir, cayó en el suelo, como si la hubiera herido fulminante rayo. No murió el marido de este golpe, pero quedó mal parado, y sobre todo con la señal en la frente de que los Borgia lo habian condenado al sacrificio y de que debia cumplirse fatal y necesariamente esta implacable sentencia. Mujer y hermana le cuidaban como pudieran cuidarse á sí mismas y le apercibían los caldos y los licores y los elixires necesarios á su curación á fin de preservar su vida con prevision y devolverle la salud con cuidado. Mas, en torno de aquella estancia, rodaba César Borgia como el leon del desierto en torno de los aduarez, despidiendo amenazas de sus ojos y aullidos de su garganta. Por fin, una noche, cuando mas cuidadosa estaba la infeliz princesa de la salud de su marido y mas embargada en sanarlo, aparece César, la arranca con violencia á la cabecera del lecho, la arroja fuera, y dirigiendo imperioso gesto á su esbirro favorito que le acompañaba, se goza en ver cómo estrangula y deja yerto al jóven príncipe: que tales procedimientos se empleaban y tales crímenes se cometían con sin igual indiferencia por aquella sazon horrible en el palacio de los Papas. El cadáver es arrastrado á San Pedro sin ningun acompañamiento, sin ninguna pompa, sin ceremonia de ningun género. Ni las campanas doblaron, ni los cirios ardieron, ni los sacerdotes cantaron: el último de los perros de caza, el último de los caballos de silla, cualquiera de los animales domésticos de aquella corte, hubiera dejado mayor vacío y producido mas honda y terrible pena. El Papa supo que el asesino de su hijo natural era

tambien el asesino de su hijo político. Pero poseido de una pasión exaltadísima por aquella especie de fiera, conociéndole, y sin embargo amándole, como el condenado al demonio de quien quisiera huir y á quien busca, lo sufre todo, lo acepta todo, y á todo se resigna con tal de llamarle á boca llena su hijo y de tenerle por objeto predilecto de su amor de padre.

César conoce que lo domina en todo y juega con la tiara como con dócil instrumento de sus desapoderadas ambiciones. Lo primero que de él exige es que lo redima de su carácter sagrado y que le arranque ese capelo con el cual no puede, no, aspirar á los principados civiles y laicos. Buen cardenal, precedido de hombres en armas, rodeado de cortesanos y de prostitutas, con una turba de conspiradores á un lado y á otro lado otra turba de esbirros y de asesinos, pasando de las guerras á las orgías, de las orgías á los asesinatos, especie de demonio nacido con toda la hermosura física y toda la fealdad moral que debió tener el ángel caído en la hora misma de su rebelion y de su culpa. Un consistorio convino en despojarle de su carácter sagrado. El Papa mismo aseguró que para salvar su alma era necesario desconsagrar y desungir su cuerpo. Desde aquel momento solo pensó César en dos cosas: en granjearse la voluntad de cualquier rey que le ayudase á reinar y en hacerse con una mujer cualquiera en cuya dote hubiese mucho cebo y mucho alimento á sus exaltadas ambiciones. En efecto, César Borgia recogió de Francia un ducado, comienzo á mayores empresas y á mayores medras. Llamóse duque de Valentinois, y como tal, prestó homenaje al Rey francés. Aun recuerdan las crónicas del tiempo todos los esplendores de aquel espléndido viaje. Agotaron las fábricas los brocados de oro y las telas de seda. Vendió la curia en cantidades fabulosas todos los beneficios vacantes. Presentóse César el día de su partida como una aparición fantástica de caballeresca novela: sobre la espaciosa frente gorra cubierta de vistosísimas plumas prendidas todas ellas con broches de rica pedrería; ceñido al cuerpo traje de damasco blanco relumbrante de pasamanerías y de bordados; á la espalda la capilla francesa de damasco negro; al cuello deslumbrador collar de fabulosa riqueza; y en torno un cortejo como jamás lo tuvieron los reyes, compuesto de príncipes eclesiásticos y laicos, caballeros todos en briosas cabalgaduras, que piafaban de orgullo y relucian deslumbradoras con sus arneses de vistosos colores, sus frenos de

oro y sus herraduras de plata. Y habia para qué. Este bastardo de oscura mujer romana, este hijo sacrílego de epicúreo Papa, este cardenal dimisionario, este asesino impudente, este ladrón con corona ducal, condotiero y jefe de condotieros, sin pudor y sin conciencia, emparentó con la casa real de Francia, y tuvo por mujer á toda una hermana del Rey de Navarra.

Duque, hijo predilecto del Papa, enlazado con régias familias de Europa, ningun obstáculo se podia oponer ya en el mundo á sus ambiciones, ningun freno á sus apetitos, ningun valladar á los impulsos de su voluntad intensa é imperiosa. Como se cuenta de Tiberio, la hermosura del cuerpo solo en él podia compararse á la fealdad del alma, serpiente venenosa de brilladoras escamas, abismo cubierto de aromáticas flores, lago de superficie azul y de traidoras entrañas. Cuantos recorran Roma, deben correr á mirar aquel retrato, en el cual todavía está vivo, presentando el tipo perfecto de la raza heleno-arábica, que puebla las costas de Sagunto, las huertas de Játiva, las vegas de Gandía. Nada mas griego que su perfil olímpico, nada mas atractivo que sus ojos profundos, nada mas pérfidamente engañoso que su sonrisa tranquila, nada mas vasto que su frente espaciosa, nada mas gallardo que su apostura caballeresca, nada mas elegante que su traje ni nada mas terrible que su alma. Naturaleza puso en él todos los medios de la seducción, todo lo que puede encantar al sentido, todo lo que materialmente puede arrastrar, encadenar, y dominar con esa especie de flúido, al que llama la ciencia moderna magnetismo animal. Todas las delicadezas de la hermosura femenina habíalas puesto Dios en robusto cuerpo de atleta, como si quisiese someterle por la seducción á todas las mujeres y por la fuerza y por la energía á todos los hombres. Abriáanse sus labios á una elocuencia de franca sinceridad y replegábase su alma en los dobleces de una astucia increíble. Pocos hombres han conocido menos la virtud ni han acertado mas á fingirla. Actor de primer orden, la máscara mas espesa se sobreponia con la mayor facilidad á las íntimas ideas y á los interiores movimientos del alma, que tomaba todos los aspectos y todos los disfraces imaginables, de igual guisa que los demonios de las leyendas monásticas. Imposible superarle en lentitud para madurar un plan ni en rapidez para cumplirlo. Semejábanse sus movimientos á esas caídas súbitas del milano sobre el pajarillo, desplomándose de los abismos cerúleos en la